

## Elecciones en Irlanda: ¿por qué fracasó el Sinn Féin?

---

DANIEL FINN :: 05/01/2025

Análisis del retroceso del Sinn Féin, que en 2020-2021 quedó primero tanto en la República como en Irlanda del Norte, y que hasta hace poco parecía abocado a la victoria

En su momento, en 2011, cuando empezaban a sentirse las consecuencias políticas de la gran recesión, el politólogo irlandés Peter Mair se interesó por la disociación entonces en curso entre «los partidos que dicen representar pero no actúan, y los que actúan pero cuya vocación representativa ya no se percibe».

Según Mair, «esta creciente brecha entre capacidad de respuesta y rendición de cuentas -o entre lo que los ciudadanos esperan de la acción de gobierno y lo que los gobiernos se ven obligados a hacer- y la creciente incapacidad de los partidos para salvar o gestionar dicha brecha, se encuentra en el corazón de las frustraciones y el malestar que impregnan la democracia». Analizó la situación política irlandesa tras la crisis de 2008 como ejemplo perfecto de esta tendencia.

El Sinn Féin se propuso cerrar esta brecha entre representación y acción de gobierno tras su gran avance electoral en las elecciones generales de 2020 en Irlanda, que lo convirtió en el mayor partido del país con una cuarta parte de los votos. Sus líderes se presentaron constantemente ante el electorado como dispuestos a gobernar con un programa factible, al tiempo que, de forma más discreta, tendían la mano a la comunidad empresarial de Irlanda y EEUU en un intento de superar la hostilidad a su programa de reformas.

El año pasado por estas fechas (con una opinión favorable media del 32% en 2023, ligeramente inferior al 34% de 2022), el partido parecía dispuesto a asegurarse una amplia ventaja sobre sus rivales conservadores, Fianna Fáil y Fine Gael, en la coalición de gobierno.

Si el Sinn Féin hubiera mantenido su nivel de apoyo en las elecciones de finales de noviembre, su acceso al poder habría seguido siendo incierto: la simple aritmética electoral probablemente no habría permitido la formación de una coalición de centroizquierda que excluyera tanto a Fianna Fáil como a Fine Gael, y los partidos de centro-derecha no habrían visto ninguna ventaja evidente en abandonar los acuerdos de coalición amplia de los últimos años en favor de un segundo papel junto al Sinn Féin.

Sin embargo, unos meses más tarde, cuando se anunciaron las elecciones, estas consideraciones ya no eran del todo pertinentes. Tras una fuerte caída en las encuestas desde principios de año, el Sinn Féin tuvo que reducir sus ambiciones y contentarse con esperar mantener su posición de 2020.

Al final, el porcentaje de votos de primera opción (en el sondeo de preferencias múltiples) del Sinn Féin cayó más de un 5%, a pesar de obtener dos escaños más que la última vez. En varias circunscripciones de Dublín, incluidas las zonas del centro de la ciudad donde se encuentra la base de la líder del partido, Mary-Lou McDonald, la caída fue de dos cifras.

Pero no hubo un entusiasmo renovado por el bloque conservador en el poder.

A principios de año, Fine Gael parecía dispuesto a imponerse, pero su líder, Simon Harris, hizo una campaña mediocre. Aunque sus carteles prometían «nueva energía», en las pantallas se le vio tratar con condescendencia al público y despreciar alegremente a un profesional de la salud que le interpelló sobre la cuestión de los salarios de miseria. El resultado combinado de Fine Gael y Finna Fáil es inferior al de 2020, que ya fue el peor con diferencia de su historia conjunta.

Dicho esto, nada de esto puede empañar la alegría que siente toda la casta política tradicional ante el desbaratamiento de las ambiciones gubernamentales del Sinn Féin. Los reveses electorales del Sinn Féin a mediados de año influyeron mucho en la naturaleza de su campaña. Sin una convicción seria de que los partidos gubernamentales pudieran ser desalojados del poder, el episodio electoral fue de baja intensidad, con una participación que cayó por debajo del sesenta por ciento por primera vez en la historia del Estado irlandés.

El debate final entre los tres principales candidatos - Harris, McDonald y Michéal Martin por Fianna Fáil - produjo muchas menos chispas de las que cabría haber esperado si lo que estaba en juego hubiera sido más crucial. En lugar de presentar al Sinn Féin como una amenaza para la democracia y las instituciones del Estado, Martin acusó al partido de ser incapaz de tomar la medida de los «negocios» en Irlanda.

Los primeros resultados de la noche electoral mostraban al Sinn Féin en cabeza (aunque con una cuota de electorado menor que en 2020), lo que podría haber levantado la moral del partido tras un año difícil. Pero estas cifras resultaron ser incorrectas más allá del margen de error esperado: el Sinn Féin terminó con un 19%, frente al 21,9% de Fianna Fáil y el 20,8% de Fine Gael. El instituto de sondeos atribuye esta discrepancia a una participación inesperadamente baja.

Este fue el resultado que Harris había buscado conscientemente, anunciando las elecciones con poca antelación, varios meses antes de lo previsto y en pleno invierno. Tanto él como Martin dirigieron su mensaje claramente a su electorado de 2020 en lugar de intentar ganarse al electorado más joven y pobre del Sinn Féin. Los propietarios de su propia vivienda, o los que aún están pagando su hipoteca, son mucho más proclives a confiar en Fine Gael y Fianna Fáil en materia de política de vivienda que los inquilinos del sector privado o municipal.

Las cartas se barajaron de nuevo en el centroizquierda. En 2020, los Verdes, los laboristas y los socialdemócratas habían obtenido el 14,4% de los votos y veinticuatro escaños; esta vez, su resultado combinado cayó al 12,5%, con un escaño menos.

Dentro de este grupo, los Verdes quedaron prácticamente aniquilados tras su participación en el Gobierno, perdiendo once de sus doce escaños. Los laboristas apenas mejoraron su resultado de 2020 -el peor de su historia-, pero obtuvieron cinco escaños más, sumando once en total; los socialdemócratas disfrutaron del mayor aumento, superando por poco a los laboristas en votos, y también pasaron de seis a once escaños.

En tres ocasiones desde 2007, un partido de centroizquierda ha actuado como fuerza auxiliar junto a Fianna Fáil, Fine Gael o ambos. En cada ocasión, estas combinaciones han provocado desplomes en el apoyo electoral; para los Verdes en 2011, para los laboristas en 2016 y, más recientemente, de nuevo para los Verdes. Estas experiencias, sin embargo, no han logrado disuadir a muchos comentaristas de persistir en su extraña demostración de que los votantes nunca perdonarían a estas formaciones más pequeñas por no asumir la responsabilidad de apoyar a la vieja guardia.

Sea como fuere, Fianna Fáil y Fine Gael tienen ahora el número parlamentario suficiente para llegar a un acuerdo con los independientes de derechas. Habiéndose deshecho ya de los Verdes tras aplastarlos, puede que no consideren oportuno volver a hacerlo con los laboristas o los socialdemócratas.

En Irlanda, las organizaciones trotskistas -Pueblo antes que Beneficio y Solidaridad- bajaron de cinco a tres escaños. Algunos diputados independientes del Sinn Féin, claramente de izquierdas, también perdieron sus escaños: Joan Collins en Dublín, Thomas Pringle en Donegal; pero Catherine Connolly fue reelegida en Galway y Seamus Healy recuperó el escaño de Tipperary que había perdido.

Algunas de estas pérdidas siguen siendo marginales, retrocediendo en la última fase del recuento, pero la trayectoria general en los bastiones de la centroizquierda ha sido descendente desde mediados de la década pasada. La circunscripción de Dublín Sur Central eligió a dos diputados socialistas con una cuarta parte de los votos en 2016. Esta vez, ninguno de los dos consiguió ganar con una participación en las primeras elecciones que bajó al 17%.

Esta tendencia a la baja no era sorprendente dadas las circunstancias. La izquierda depende mucho más que los partidos de centro de la energía generada por la dinámica del activismo, y en la primera mitad de la década no se produjo ningún movimiento de la magnitud y el impacto de los de 2010. Las fuerzas de derechas han dominado las calles en los últimos años, primero movilizándose contra los confinamientos anti-Covid, y después contra el alojamiento de emergencia para los refugiados.

Palestina es una notable excepción, tras un año de manifestaciones mucho más multitudinarias que cualquiera de las convocadas por los opositores a la inmigración. Pero el movimiento de solidaridad no ha tenido un efecto electoral comparable al que vimos en Gran Bretaña a principios de este año: a diferencia de los laboristas dirigidos por Starmer, los partidos gobernantes en Dublín se han cuidado de distanciarse públicamente de la carnicería de Gaza, sin hacer nada que pusiera en peligro las relaciones con entusiastas belicistas como Joe Biden y Ursula von der Leyen.

Este contexto de desmovilización ayuda a explicar por qué el voto del Sinn Féin ha sido tan frágil en el último año. Si bien es cierto que la dirección del partido dejó que otros tomaran la iniciativa en el movimiento contra el coste de los servicios de agua y en la campaña por el derecho al aborto, aún así se benefició del ambiente creado por sus victorias. Pero en 2020, ese recuerdo ya empezaba a desvanecerse.

El propio Sinn Féin experimentó un fuerte aumento de afiliados tras las elecciones, pero a

una escala mucho menor que el Partido Nacional Escocés (SNP) tras el referéndum de independencia de 2014. Un partido que carece de base organizativa está más expuesto a los vaivenes de la política.

Lo que nos lleva al factor más obvio del declive electoral del Sinn Féin: la atención prestada a la inmigración desde finales de 2022, cuando las protestas contra el alojamiento de refugiados en los barrios del norte de Dublín empezaron a extenderse a otras partes del país. Este preocupante giro no fue en absoluto una reacción espontánea o inevitable a las últimas cifras de inmigración. Si hubiera habido una estrategia concertada desde arriba para crear una sensación de crisis en torno a esta cuestión y crear una división en la base electoral del Sinn Féin, es difícil imaginar cómo el Gobierno y otros organismos estatales podrían haberse comportado de otra manera.

Las autoridades empezaron anunciando planes mal preparados de alojamiento en edificios vacíos, sin ninguna previsión práctica, creando un vacío que pudo ser llenado por un pánico xenófobo fabricado; después la Gardaí, la policía irlandesa, dio rienda suelta a los agitadores de extrema derecha que pudieron ocupar las calles sin respetar la ley y ejerciendo la violencia, disfrutando de un grado de benevolencia que habría sido inimaginable para una movilización iniciada por socialistas o republicanos.

Es en este punto donde algunas personas ecuanímenes intentan explicar que, en tales situaciones, siempre deberíamos favorecer la teoría de la chapuza frente a la teoría de la conspiración. Pero las chapuzas suelen pasar por un proceso de selección natural, eliminando las especies de menor interés para los gobernantes. La actitud permisiva hacia la extrema derecha, que siguió siendo la misma tras los disturbios en el centro de Dublín, es una cuestión de dominio público, reconocida por la propia policía, y no cabe duda de que las fuerzas del orden habrían tenido que comportarse de forma muy distinta mucho antes si estos disturbios hubieran causado tanto daño político al Gobierno como al Sinn Féin.

A lo largo de estos acontecimientos, el Sinn Féin ha mantenido un perfil bajo con la esperanza de que las cosas se calmaran. Desde finales de 2023, sin embargo, se produjo un claro giro con la adopción de una línea más dura y restrictiva en materia de inmigración. Tras un mal resultado en las elecciones locales y europeas de junio, con el Sinn Féin muy por detrás de Fine Gael y Fianna Fáil, la dirección del partido empezó a dar importancia a su propio giro a la derecha.

Esta vacilación inicial, seguida de un giro de 180 grados, dio la impresión de un Sinn Féin débil, indeciso y fácilmente desestabilizable. Aunque el Sinn Féin todavía no ha llegado al nivel de abyección alcanzado por los partidos de centroizquierda en Europa, desde Gran Bretaña a Dinamarca, en este asunto, su enfoque hasta ahora ha sido seguir la corriente en lugar de definir su propia posición.

Esta aversión contraproducente a asumir riesgos es típica del *modus operandi* del Sinn Féin desde las últimas elecciones, para el que ha habido varios precedentes europeos en la última década. Si pensamos en Syriza después de 2012, en el SNP después de 2014-2015 [y el referéndum de independencia], en los laboristas liderados por Corbyn en particular después de las elecciones generales de 2017, y ahora en el Sinn Féin después de 2020, vemos una repetición del mismo patrón: una fuerza política radical hace un avance

inesperado antes de adoptar un enfoque más cauteloso y convencional, tratando de presentarse bajo la apariencia de un equipo de gobierno (o, en el caso de Escocia, de un Estado) listo para tomar el relevo.

Por supuesto, esto es exactamente lo que el manual básico les habría aconsejado hacer en esta situación. Pero precisamente ese mismo manual habría decretado inconcebibles sus éxitos iniciales. En cada uno de estos casos, podemos decir que este enfoque simplemente no funcionó en sus propios términos. Aunque la ola de centroizquierda de la década de 2010 pueda parecer ahora algo distante, todavía tenemos mucho que aprender de la política original y rebelde asociada a su apogeo.

*newleftreview.org. Traducción: Antoni Soy Casals para Sinpermiso.*

---

<https://www.lahaine.org/mundo.php/elecciones-en-irlanda-por-que>